

Crónica de la inauguración de la primera locomotora puesta en funcionamiento en la Argentina

1857

Pastor Obligado

La mañana del 29 de agosto de 1857, a la hora en que generalmente se andan trancando puertas y ventanas en previsión de tormentas y ventarrones, apareció tibia, perfumada, transparente, llena de dorada luz y de tan suave brisa que parecía primicia de anticipada primavera.

Bajo el frontis de la antigua estación del Parque, leíase en grandes letras Inauguración el 30 de agosto de 1857. Pero nuestro recuerdo de testigo ocular queda comprobado no sólo con los documentos que se publicaron con anterioridad, señalando el día 29 para la inauguración, sino también de ésta, insertada en los diarios de la mañana del día treinta.

Banderas y gallardetes flameaban al viento y músicas militares poblaban los aires con alegres armonías. Hombres mujeres, ancianos y niños se dirigían al Parque.

La concurrencia desbordábase por puertas y ventanas, balcones y azoteas, y racimos de muchachos, colgados de arboles y faroles aumentaban el bullicio ensordecedor de las bandas, cohetes y petardos.

Ni menos de treinta mil espectadores -se calculó la tercera parte de la población de la ciudad- cuyo número se duplicó a lo largo de la vía, hasta Floresta, por uno y otro costado.

A pie, a caballo, en carreta, carro, carretillas, castillo y en toda clase de vehículos el pacífico ejército, formado en fila de dos leguas, saludaba con aclamaciones, pañuelos y sombreros a la primera locomotora que, adornada de flores y banderas, corría a triunfar del desierto.

En el centro de la plaza se alzaba el improvisado altar entre altos mástiles revestidos de los colores patrios. Cargado de guirnaldas, escudos y gallardetes de todas las naciones, anunciaba la fiesta del progreso y de la fraternidad.

Concluido el Tedeum, con majestuoso paso adelantóse el cardenal obispo señor Escalada, a tiempo que, coronadas de flores, se acercaban lentamente al altar, la Porteña y la Argentina (primeras locomotoras) para esparcir sobre ellas el agua bautismal, bendiciendo tan venerable prelado, la vía, la locomotora, y el tren.

En ese momento, que era la primera hora de la tarde, apestábanse sobre aquel punto los lentes de cuatro daguerrotipos y el clisé conservado por el hábil fotógrafo Pozzo fijó con fidelidad la viva escena de aquel instante solemne y conmovedor que reproducimos.